

Exito de ANTIGONA en el Español

MARCA

Entre las grandes creaciones inmortales de la tragedia griega, majestuosamente sostenidas en alas de la más noble y profunda poesía que ha vivido en el teatro, las obras del inmenso Sófocles constituyen acaso el más alto nivel de la ambición y la belleza.

En «Antígona», hija de Edipo, magnífica y simbólica definición del alma, inaccesible casi, de una hermana que todo lo entrega, arrastrando tras su decisión el terrible hálito de la tragedia del destino, en defensa del amor y del honor de su casta altísima, en lucha contra la cruel decisión del tirano de Tebas, es aún un asombro.

Traer tal emoción a nuestros escenarios es una empresa inmensa. Hacerlo, además, con sobriedad admirable, con acentos riquísimos de gran estilo poético, con avasalladora fuerza expresiva, puede llegar a ser la definitiva consagración, por otra parte innecesaria en el caso de José María Pemán, de un gran poeta. De un extraordinario poeta.

Esta es para nosotros la conclusión obtenida tras presenciar la representación primera en Madrid de esta versión libre—muy libre, dice su autor, y no podía ser de otra manera—de la tragedia de Sófocles.

En un solo escenario ha centrado habilísimamente José María Pemán toda la universal y casi caótica acción de la obra. En un mismo tono—admirable siempre—, el ritmo trágico y el fluir poético. Con una asombrosa, perfecta y clara llación argumental, y con una voz bellísima, ha conducido nuestro presidente de la Academia, fiel y sincero, prisionero y libre a la vez de la vieja ruta de la gran tragedia, todas sus escenas. Y ha conservado siempre el profundo brío, creciente a cada paso, de la tremenda obra original, imposible de representar en un escenario contemporáneo. Esto, hay que decirlo, constituye en el teatro una de las empresas más difíciles. Con pleno éxito la ha rematado José María Pemán. Y así se añade a la altura excelente de su ambición y su propósito—de lo más noble y bello que cabe imaginar—la otra magnífica realidad de la absoluta consecución del empeño.

Hay instantes y escenas enteras en la «Antígona» que hemos gozado ano-

che de insuperable plenitud. Escribimos de prisa, sometidos a la dura exigencia periodística, con la constante sensación de necesitar la pausa y el reposo de unas horas para determinar claramente en nuestro ánimo el panorama general y el detalle concreto de cada episodio, de cada frase, de cada consecuencia. Pero, sin que nos sea posible percibir ahora todos esos valores profundos y específicos, o, al menos, sin que nos sea dable expresarlos con claridad crítica — que siempre estaría negada a nuestra humildad—, sentimos una especie de aquiescencia total, de entrega entera, de absoluto sometimiento íntimo a la definitiva grandeza del conjunto. «Antígona», conforme a la versión de Pemán, viene a ser en todo instante tan grande como la hemos apreciado y sentido y amado en nuestra admirada actitud de lectores. Pero, sobre aquella emoción conmovida, se precisa ahora la realidad de haberla visto vivir y morir en el escenario, derribando tras sí, con la fuerza infinita de un ancho río que se saliera de su cauce, todas las fuerzas terribles del destino y de la venganza. Recordaremos mucho tiempo esos momentos en que el triple coro de la tragedia clamaba desesperada y poéticamente con las voces más bellas que hemos oído desde hace muchos años.

Ante realizaciones de esta naturaleza no basta con el esfuerzo y el talento del autor o el adaptador, y es necesaria la íntegra colaboración del director de teatro. Hubiera parecido un imposible hace unos años, en España, la representación de una «Antígona» como la que anoche nos ofreció el Español. Ya los triunfos anteriores de Cayetano Luca de Tena le garantizaban para tales empresas. «La Antígona» que supo mostrarnos no admite el menor reparo, se equipara a las más bellas realizaciones del teatro extranjero y llena el ánimo más exigente de plena admiración.

Y así, salvo la cita — inevitable a fuerza de ser justísima—de nuestra primera gran actriz, Mercedes Prendes, que encontró alientos increíbles para impresionar la sensibilidad con la tremenda emoción de su personaje, nada es posible destacar en la armoniosa y extraordinaria plenitud del conjunto. En ella se conjugaron admirablemente el esfuerzo y maestría de adaptador, director, actores, escenógrafos, figurinista, músico, luminotécnico, etc.

Pocas veces la sala magnífica del teatro Español mostraba un más brillante aspecto que ayer noche: académicos, políticos, escritores, aristócratas, diplomáticos y artistas, reunidos todos para tributar el homenaje de su aplauso y admiración a este altísimo poeta que es José María Pemán, quien escuchó al final de todos los actos de «Antígona» las más clamorosas ovaciones que se han oído nunca en la sala del que fuera en muy lejanos tiempos Corral de la Pacheca.

ARIEL